

Los progresos de la asepsia permiten hacer en la actualidad con éxito las fibromiomectomías, y parecería que siempre que fuese posible, ésta fuera la regla; pero existe la circunstancia de que hay embarazadas que abortan con mucha facilidad aun cuando el órgano operado no sea la matriz, las hay que abortan con una simple extracción dentaria; de ahí que haya embarazadas en quienes toda intervención quirúrgica está contraindicada. Este riesgo de provocar el aborto por la operación viene por consiguiente á complicar el problema y lo complica aún más la circunstancia de que hay casos en que fibromiomas intrauterinos permitieron el parto. Hace 15 años, estando encargado de la Maternidad el Dr. Ramírez de Arellano, Don Nicolás, se presentó un caso de esta naturaleza y aunque fué muy difícil el parto, tuvo la satisfacción de verlo terminar con felicidad.

R. E. CICERO,

Secretario 1°

HIGIENE

EL ASUNTO DE LA VACUNA EN MEXICO

En los primeros días del mes pasado, y en ocasión de un artículo que acerca de la vacuna publicó *El Imparcial*, periódico de circulación profusa, leído desde en los hogares de mayor cultura hasta en la esquina donde departen cargadores y cocheros, dirigí al Director del citado diario una carta rectificando erróneos conceptos contenidos en el artículo mencionado.

Se me hizo la honra de dar á luz mi carta íntegra, pero apareciendo como la expresión de mi opinión personal acerca del asunto que me movió á escribirla.

De que no conseguí el objeto que me propuse es buena prueba el hecho de haber aparecido en el mismo periódico, tres días más tarde, un nuevo artículo que en su mayor parte copio á la letra:

«Algunos médicos extranjeros están haciendo propaganda entre las familias también extranjeras respecto de la vacuna animal, y ellos

personalmente aplican ésta, provistos de la linfa glicerinada, que de algún tiempo á la fecha están importando en buenas cantidades las droguerías de la capital.

Dos ó tres médicos mexicanos continúan esa propaganda y se han propuesto hacer creer que la vacuna humanizada es menos eficaz que la que procede de ternera; al mismo tiempo recomiendan que la revacunación se haga periódicamente.

En los tres primeros meses del año se revacunaron en el Consejo Superior de Salubridad, con vacuna humanizada, 1,307 personas mayores de edad, y se comprobó un dato, que la estadística comparada había ofrecido en largos períodos anteriores: la revacunación prende en proporción de uno por ciento.

Este dato se refiere únicamente á los vacunados en México.

Hay, sin duda, muchas personas mal vacunadas y que no lo saben, de donde provienen los casos de viruela inesperados. Es una obligación de los padres de familia y de los tutores, presentar á los niños ocho días después de vacunados, para que pueda verse si prendió ó fué inactiva; pero muchos no cumplen con tal deber.

Que la vacuna es falsa muchas veces, lo comprueba el dato de que hay que revacunar á los ocho días á innumerables niños, observándose tres días después que aparecen en ellos las pústulas. Si no hubieran sido presentados á los ocho días, se habrían quedado de hecho sin vacunar, creyendo los padres lo contrario.

El hecho de que la vacuna humanizada da la inmunidad permanente siempre que la linfa se conserve pura, quedó bien definido hace muchos años en la Academia de Medicina, cuando se entabló una discusión científica sobre el particular, habiendo sido el paladín de esa campaña el eminente Dr. D. Luis Muñoz. La vacuna humanizada lleva ciento tres años de aplicarse en México, y en este largo período de tiempo, sólo seis personas se han encargado de la conservación de la linfa.

El Consejo Superior de Salubridad facilita la revacunación á cuantas personas lo soliciten. Todos los médicos mexicanos que vacunan y que han formado estadísticas, admiten la superioridad de la vacuna humanizada sobre la vacuna animal.»

Encuentro, en lo que acabo de transcribir, los mismos errores que

traté de rectificar, agravados un tanto, en mi concepto, por causa de la adición de otros nuevos y por el tono sugestivo con que se me antoja estar escrito el repetido artículo. Voy á hacer de él un análisis crítico rectificativo, con el objeto que más adelante he de expresar.

Si algunos médicos extranjeros y dos ó tres mexicanos están haciendo propaganda respecto á la vacuna animal, se encuentran todos en su más perfecto derecho, dado que les venga en gana ejercitarlo.

En caso de ser cierto que los dos ó tres médicos mexicanos referidos se hayan propuesto hacer creer que la vacuna humanizada es menos eficaz que la que procede de ternera, no tiene esto ningún inconveniente, en atención á que poseen ambas eficacia no puesta en duda por nadie y á que la preferencia de la una sobre la otra, como la de la otra sobre la una, no puede considerarse ocasionada á perjuicio alguno, ya que hasta hoy no se ha demostrado científicamente una eficacia mayor en favor de ninguna de las dos.

El que estos mismos médicos recomienden que la revacunación se haga periódicamente, merece las más grandes alabanzas, por significar un esfuerzo útil en favor de la salubridad pública. Tal vez sea éste un eco bienhechor partido de idéntica recomendación aprobada por esta Academia y dirigida á todos los médicos de la República.

¡Conque se revacunaron en el Consejo Superior de Salubridad, en los últimos tres meses, 1,307 personas mayores de edad y se comprobó el dato, ya viejo, de que la revacunación prende en uno por ciento de los vacunados en México! . . . Si este aserto expresa realmente la verdad, si está tomado de veras de las estadísticas del Consejo, sobre ser una hermosa confesión, es la mejor justificación del proceder de la Academia recomendando á todos los médicos de la República que no desaprovechen ninguna oportunidad para revacunar.

Pero vamos á cuentas. Por más que ese uno por ciento se encuentre á enorme distancia de aquella antigua afirmación magistral y terminante de que «*la vacuna humanizada confiere inmunidad contra la viruela por toda la vida,*» todavía me parece que esas estadísticas no están aún en condiciones de segregar el tanto por ciento exacto y se quedan cortas. He comunicado á la Academia los resultados que

obtuve en el Escuadrón de Guardias de la Presidencia: de ahí entresaco este dato: individuos inoculados con linfa vacunal, 74; individuos que de éstos 74 presentaron pústulas vacunales características, teniendo antiguas cicatrices de vacuna indudable, 12. En la tesis inaugural del Sr. Delfino Victoria se encuentra este resultado: alumnos de la cátedra de Higiene de la Escuela Nacional de Medicina revacunados, 34, habiéndose obtenido seis casos de revacunación positiva. El Sr. Dr. Bandera tiene la amabilidad de comunicarme este otro: nueve personas reinoculadas en su familia, con obtención de revacunación positiva en dos. El Dr. Landa intenta la revacunación en sesenta y seis alumnos de la Escuela de Sordo-mudos de esta Capital y obtiene resultados positivos en once.

La desproporción entre todas estas cifras y el mencionado uno por ciento salta á la vista.

Mas quiero por hoy aceptar como buena esa pequeña proporción de uno por ciento, porque no me hace falta más para mi objeto y, repito, vamos á cuentas.

La Municipalidad de México cuenta, según el censo de 1900, con 368,898 habitantes, de los que 83,982 son menores, y por consiguiente, 284,916 mayores de edad. En tal virtud, el uno por ciento de esta última cifra es 2,849 que representa los individuos mayores de edad á los que les prendería la vacuna en caso de ser revacunados. Pues bien, nadie tiene derecho á considerar insignificante el precaver del peligro de contraer la viruela á 2,849 personas predispuestas á adquirirla; á tomar por cosa de poca monta la aménaza para la capital de contar en su seno con 2,849 individuos capaces de convertirse en otros tantos focos de infección variolosa. Ya se ve de cuánta importancia es este punto de la cuestión, aun considerado con una cifra que de seguro está tan por abajo de la realidad.

Se dice por ahí que en nuestro país es muy poco lo en que se tiene la vida humana. ¿Es que realmente sería desproporcionado el trabajo que en el caso recayera sobre nosotros, médicos, para salvar la vida de no importa cuántos de nuestros semejantes?

La afirmación tan llevada y traída de que de las personas que creen estar bien vacunadas, sin estarlo en realidad, es de donde provienen los casos de viruela inesperados, me parece una necedad muy

grande, por ponerse frente á numerosos é irrefutables hechos de observación propios y ajenos que, siquiera en parte, tiene todo médico obligación de conocer. No caeré, á mi vez, en otra necedad igual, asegurando de un modo absoluto que no pueda haber y aun que no haya quienes crean estar vacunados por sólo haber sido en alguna vez sujetos de intento de vacuna; pero sí afirmo que la generalidad de las gentes, hasta en nuestro pueblo bajo, apoyan su creencia en las cicatrices características que llevan en los brazos: cicatrices que todo el mundo conoce bien, porque andan en los brazos de casi todo el mundo.

El dato de que hay que vacunar bien á innumerables niños presentados á los ocho días del primer intento de vacuna, por no haber prendido ésta, permite suponer que si ese primer intento no pasó de tal, fué por falta del debido esmero en la práctica de la vacunación; y, además, puede servir, cabalmente, para demostrar que son también innumerables las personas que han sabido conocer cuándo la vacuna no ha prendido.

Que la vacuna, humanizada ó animal, confería inmunidad permanente contra la viruela, fué cosa aceptada como verdadera por muchos en épocas diversas, y hace 69 años por la Academia de Medicina de París, en medio de protestas que no dejaron de multiplicarse sino hasta cuando se hubo conseguido convertir la revacunación en moneda corriente. La aceptación del mismo error en nuestra Academia Nacional de Medicina fué, quizá, un eco rezagado de las ruidosas conclusiones de inutilidad de la revacunación adoptadas anteriormente por los académicos franceses. Nomás que después de haber alimentado y aun ostentado nuestro error por largos años, nos presentamos, por fin, hasta hoy, con nuestra cara de atrasados de noticias, á confesar y á recomendar la gran utilidad de la revacunación; y esto, todavía en medio de una que otra protesta, sin valor científico, ciertamente, pero capaz de alcanzar trascendencia nociva, sobre todo entre la gente indocta: que lo es en materia de Medicina todo el mundo que no es médico y algunos más.

Llego, por fin, al principal objeto de este desaliñado trabajo: la definición de si merece la preferencia la vacuna Jenneriana sobre la animal ó si, por el contrario, debe concedérsele á ésta sobre aquélla.

El aserto de que «todos los médicos mexicanos que vacunan y que han formado estadísticas admiten la superioridad de la vacuna humanizada sobre la vacuna animal» no es, en mi concepto, acreedor á tomarse en serio, pues no pasa de ser un monstruoso maridaje de inexactitud y vaguedad. ¿A dónde están esas estadísticas, autorizadas de conclusiones admisibles para hombres de ciencia, y reveladoras forzosamente de un estudio comparativo, imparcial entre las dos vacunas? Y luego, ¿de qué especie de superioridad se trata? ¿Es la vacuna humanizada más eficaz para prender, á tal punto que disminuya en grado considerable la necesidad de volver á vacunar á *innumerables* niños? ¿Acaso posee propiedades inmunizantes más duraderas? ¿O por ventura es menos ocasionada á llevar consigo el germen de otra enfermedad tanto ó más terrible que la que trata de evitar?

¡Qué mucho que tras esta serie de preguntas me empeñe contra la vacuna de brazo á brazo, si las he cerrado con la que domina la cuestión de la superioridad! Hermanos vigilantes de la conservación de teorías y prácticas rutinarias fuertemente cimentadas con argamaza de *magister dixit*: ¡á la puerta del templo tocan en profano! Escuchad. De algún tiempo acá no cesan de llegar noticias de viejos edificios nacionales derribados bajo los golpes de la civilización universal que ha hecho irrupción en nuestro país, sin que sea ya posible detener su marcha invasora. ¡Alerta! Que les toca su turno á nuestros monumentos médicos. Acaba de venir por tierra la columna de la inmunidad permanente y ahora va á ser atacada por otro lado la superioridad que siempre hemos concedido á la vacuna humanizada sobre la animal. El primer proyectil que se nos lanza viene bajo la forma de transcripción de una página de la Clínica Médica de Trousseau, que dice así: «En la discusión que tuvo lugar en la Academia durante los años 1864 y 1865, acerca de la trasmisión de la sífilis por la vacuna, los Sres. Depaul y Bouvier demostraron la frecuencia relativa de los casos de trasmisión, é hicieron ver que la vacunación hecha con la linfa vacunal de un niño sífilítico toma á veces el carácter de una calamidad pública. Así, en Lupara (Nápoles) vacunó el Sr. Marone, en los primeros días de noviembre de 1856, cierto número de niños con la vacuna de un tubo procedente de Campo Basso, que estaba

teñida por un poco de sangre pero que era clara y trasparente como de costumbre. El primero que sufrió la acción de esta vacuna fué el niño F. Listori, de ocho meses de edad, el cual sirvió para inocular otros. Veintitrés niños, incluso el *vacunífero* (que eran casi todos los vacunados), hijos de padres sanos y exentos ellos también, desde su nacimiento, de todo accidente venéreo, fueron atacados de sífilis á consecuencia de esta vacunación, que prendió en casi todos y no tuvo que repetirse más que en unos cuantos. La erupción vacuna fué seguida en todos de ulceraciones características acompañadas de infartos de los ganglios axilares. Un poco antes ó un poco después, pero generalmente hacia mediados de enero de 1857, se manifestaron en estos niños erupciones de alfombrilla, impétigo y pápulas sifilíticas y aun de pénfigo, seguidas en breve de chapas mucosas en los labios, dentro de la boca, en las inmediaciones del ano, en la vulva y en el escroto, con infarto consecutivo de los ganglios cervicales posteriores, é inguinales, enflaquecimiento y trastornos varios de la salud general, proporcionados á la gravedad de la afección.

Las madres de estos niños, que por lo común les daban ellas mismas de mamar, contrajeron á su vez la sífilis por los pechos. Una serie de síntomas venéreos, locales primero y generales después, perfectamente descritos por Marone, se manifestó en estas infelices, algunas de las cuales comunicaron el mal á sus maridos. De los padres y las madres se extendió á otros individuos de las familias, á niños impúberes de ambos sexos y aun á familias enteras. Las mujeres que se hicieron embarazadas parieron casi todas antes de término chicos sifilíticos ó fetos muertos, que en algunos casos presentaban señales de sífilis.

Un tratamiento específico curó á muchos de estos enfermos, sin embargo de que esta sífilis mostró gran tendencia á las recidivas, durando en varios casos hasta más de dos años y medio. Murieron de ella algunos niños y hubo adultos que estuvieron en peligro de muerte.

El Sr. Marone sacó vacuna de los primeramente vacunados para inocular otra tauda de niños. Once de éstos tuvieron venéreo como los primeros y le comunicaron á sus madres, las cuales le trasmitieron á otros tantos niños de cría que tenían y que no habían formado parte de los vacunados. Algunas se lo pegaron también á sus maridos y

una porción de muchachas enfermaron de lo mismo por tener contacto con las tales nodrizas y los tales niños.

De modo que treinta y cuatro niños inoculados de sífilis por la vacuna y mucho más crecido número de personas de diferentes edades contaminadas directa ó indirectamente por estos niños; he aquí lo que pasó en Lupara.»

El recuerdo de esta historia, entre otras muchas igualmente elocuentes y probatorias de lo mismo, representa, como arriba queda dicho en otra forma, la iniciación de la campaña que es indispensable emprender para desterrar de entre nosotros un error añejo y una práctica peligrosa.

Que no se nos salga con el cándido estribillo de que en México no se ha observado hasta hoy ningún caso de sífilis vacunal. Han llegado dos á mi conocimiento que desgraciadamente no puedo hacer públicos á causa de circunstancias especiales en cada uno. Pero no importa. El que no hayan sido observados casos de esta clase por los que tal dicen, de ningún modo prueba que no los haya habido, ni mucho menos que no han de presentarse. Como que, por desgracia, no es entre nosotros fruta rara la sífilis de la infancia: quienquiera puede ir por la prueba á la consulta de niños en el Consultorio Central.

No habrá nadie, de seguro, con libre posesión de un criterio independiente de prejuicios propios ó impuestos, que no esté dispuesto á conceder el nombre de evangelio médico al contexto del siguiente pasaje del Manual de Patología Interna del Profesor Dienlafoy: «La contaminación sifilítica por intermedio de la vacuna se puede hacer sin que el vacunífero se encuentre en estado de sífilis *activa*; puede encontrarse en estado de sífilis latente (hereditaria ó adquirida), sin que haya todavía manifestaciones en la piel ni en ninguna otra parte; por eso es cosa tan delicada la elección del vacunífero. A la pretensión de que se está al abrigo de todo accidente, cuidando de no tomar más que la linfa vacunal y evitando que esté mezclada de sangre, se puede responder que de ninguna manera está probado que la linfa no pueda contener al mismo tiempo el principio vacunal y el sifilítico; además de que, sean cuales fueren las precauciones tomadas, siempre se encuentran glóbulos de sangre en la vacuna reco-

gida del vacunífero. No hay, pues, más que un solo medio de ponerse á cubierto de los accidentes vacuno-sifilíticos: *hacer uso de la vacuna animal.*»

¡Y pensar, después de la lectura en obras serias de pasajes semejantes á éste, que haya todavía quienes crean estar seguros de evitar el peligro vacuno-sifilítico con sólo desechar como vacuníferos á los niños granosos ó encanijados!...

«He aquí lo que aconteció en Lupara,» dice Trousseau, después de la relación que he transcrito: He aquí, decimos los que presenciamos la constante fidelidad guardada á un viejo error, el peligro á que estamos exponiendo al público, por no apegarnos estrictamente á las enseñanzas terminantes de la ciencia.

Tengo para mí que no fueron pocos los médicos en quienes no penetró el convencimiento de la necesidad de la práctica de la revacunación, hasta haber acaecido el ruidoso caso, reciente aún, de la muerte por viruela del hijo de uno de nuestros colegas más eminentes; pero al mismo tiempo tengo la esperanza de que ahora no haga falta, en lo más mínimo, la presentación de otro caso por más sonado que sea, en el que la introducción de la sífilis inoculada en el hogar de cualquier médico, con la vacuna del hijo recién nacido, ayude á conseguir que nuestro país se ponga pronto, en achaque de vacuna, á la altura de todos los países civilizados.

Cuán grato fuera para mí que esta Academia tomara á su cargo la organización de la campaña necesaria para conseguir la substitución, en principio, de la vacuna humanizada por la vacuna animal. Poco esfuerzo requiere su voz autorizada para hacer germinar y florecer maduras simientes que son frutos de ciencia y alimento de salubridad. Se está mirando: acaba de recomendar la práctica de la revacunación, y el resultado es la presentación en tres meses, al departamento de vacuna en el Consejo, de 1,307 personas mayores de edad: es un número difícil de calcular, pero sin duda considerable, de personas que se han hecho revacunar por sus respectivos médicos; y es, por último, la creación de un departamento de vacuna abierto al servicio público en la Beneficencia Española.

Los médicos, desde el momento en que lo somos, contraemos como primera obligación la de velar por la salud de la humanidad que

nos rodea, se confíe ó no á nuestros cuidados y se fie ó no en nuestros conocimientos. Bastantes males causamos todavía los médicos de todas partes, aunque casi siempre sea con las mejores intenciones del mundo, para no estar obligados á procurar hacerlos aún más insignificantes de lo que ya lo son comparados con la inmensidad de los servicios que de nosotros reciben diariamente los que sufren. En el caso que me ocupa no sólo no tenemos derecho, en tesis general, á exponer á los niños, é indirectamente á sus familias, á contraer una enfermedad tan terrible como la sífilis; sino que, bien considerado, es hasta merecedora de acre censura nuestra conducta pasiva de apáticos espectadores, cuando vemos con tranquilidad y sin protesta que día con día se les expone á un peligro, que podrá ser todo lo remoto que se quiera, sin por eso dejar de ser menos real. Y bien, de médicos es de lo que está compuesta la Academia Nacional de Medicina. Pero ésta tiene, además, en su contra, dos agravantes á cual más seria: ser por la suma de sus componentes y por su estructura científica la primera corporación médica del país; estar oficialmente apoyada y con dinero de la Nación sostenida.

Es claro para mí, que estos precedentes, encima de los cuales he venido á extender una cuestión tan altamente humanitaria como es la de prevenir en oportuno tiempo un mal de trascendencia, habrán de soportar en adelante enormes pesadumbres de graves cuestiones médicas nacionales, con las que será necesario enfrentarse fieramente, porque así lo está exigiendo el progreso creciente de la Patria. Y esto, de un modo preferente, en mi concepto, porque siempre ha sido lo mejor empezar por el principio. Primero debemos aprender bien lo mucho que nos siguen enseñando las naciones más civilizadas que nosotros: así llegaremos con menos tropiezos á ponernos á su nivel, y á su debido tiempo, contribuiremos á demostrar con los japoneses que las grandes manifestaciones de la inteligencia humana no son privilegio exclusivo de ciertas razas.

La identificación en el Consejo Superior de Salubridad de microbios conocidos, nos presta un servicio práctico inmenso; la pretensión del descubrimiento de otros nuevos nos expone á ponernos en ridículo. Adelantándome á responder á cualquiera interpretación torcida de mi pensamiento, advierto que no condeno, ni censuro, sino antes

bien alabo y tengo en mucho las tendencias de los espíritus de altos vuelos que procuran remontarse á las elevadas esferas desde donde deslumbran con su brillo las estrellas científicas de primera magnitud; pero considero preferible, por hoy, que acabemos de aprender lo que saben los que saben más. Lo que sigue vendrá solo. Sigamos, pues, revacunando, como acabamos de aprenderlo; substituyamos á la j Jenneriana la vacuna animal, porque ya es una vergüenza que no lo hayamos aprendido.

Termino sometiendo á la alta consideración de los señores Académicos la conveniencia de aprobar en esta ú otra forma, la siguiente

RESOLUCION:

En opinión de la Academia Nacional de Medicina, los servicios públicos de vacuna deberían usar vacuna animal, que no expone como la de brazo á brazo al peligro posible de servir de medio de transmisión de la sífilis.

México, mayo 8 de 1907.

R. E. MANUELL.

TERAPEUTICA

ENSAYOS DE UN SUERO ANTINICOTINICO

SEÑOR PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Un deber y una promesa me obligan á distraer por breves momentos la atención de Udes.

Ya sabéis cuál fué la promesa y por qué la hice, así es que aprovecho la oportunidad que se me presenta de cumplir con el deber y con lo que espontáneamente ofrecí, aunque haya tenido que vencer una dificultad seria: la elección del tema.

Los que se dedican á trabajos de Laboratorio, saben que un estudio cualquiera de investigación, reclama mucho tiempo y no es fá-